

Juan Carlos Rodríguez. *Para una teoría de la literatura (40 años de historia)*. Madrid. Marcial Pons. 2015.

Yo era militante comunista
y quería saber lo que era el marxismo.
(Louis Althusser)

De entrada, el título requiere alguna explicación. Por un lado, enuncia el contenido del libro: una teoría de la literatura. Por otro, acota cronológicamente su objeto de estudio a cuarenta años. Pero, además, hay otros límites: no se habla de *la* teoría de la literatura, sino de *una* posible teoría, que no excluye otras. Más aún, con el término *para* se trata de indicar que es un proceso, un camino que se va haciendo, un edificio que se ha ido construyendo a lo largo de cuarenta años. El empeño viene por lo tanto de lejos, nada menos que de la tesis doctoral del autor defendida a comienzos de los años setenta del siglo pasado en la Universidad de Granada: *Para una teoría de la literatura. Introducción al pensamiento crítico contemporáneo* (1971). Una tesis *diferente* a las que por entonces se presentaban en las universidades españolas.

Quedó inédita y en cierto modo arrinconada por sus libros: *Teoría e historia de la producción ideológica: las primeras literaturas burguesas. Siglo XVI* (1974), donde aplicaba al estudio de Garcilaso o Fray Luis de León conceptos marxistas que había desarrollado en ella ante la sorpresa de los lectores de entonces habituados a lecturas nacidas del análisis estilístico dominante en los estudios literarios españoles. Después vendrían otras aplicaciones como *La literatura del pobre* (1994) acerca de la novela picaresca, considerada como una manifestación de las primeras literaturas burguesas, nacidas del paso del feudalismo al capitalismo. O *El escritor que compró su propio libro. Para leer el Quijote* (2003), presentando a Cervantes como un autor que escribe con conciencia del mercado, con temor a inventar la novela, atrapado en una realidad oscilante. La visión de los poetas y narradores renacentistas como hombres de un tiempo nuevo, el de la burguesía, chocaba con lo establecido por la crítica hasta entonces y no menos que en la interpretación de la novela picaresca o en el Quijote se recalcará la aparición de la mirada literal del mundo, incorporando en los textos la vida cotidiana y haciendo que estos se distanciaran cada vez más de visiones alegóricas anteriores.

Puede decirse que para algunos bienpensantes había irrumpido *un bárbaro* que comenzaba a desbaratar esquemas escolásticos y estilísticos que se daban por inamovibles. Un término fantasmal movido por aires internacionales

lo avalaba: «marxista». Se trataba nada menos que de crítica «marxista» aplicada a Garcilaso, al *Lazarillo*, a Cervantes o a ¡Fray Luis de León!

Una vez catalogado el nuevo crítico no se entraba en mayores precisiones. ¿Para qué? Se estaba más cómodo al amparo de la contrastada escuela estilística española en muchos casos convertida en mero recuento aséptico de figuras retóricas, sin la sabiduría con que la ejercían Karl Vossler o Dámaso Alonso, que eran ante todo finos lectores. Para muchos la nueva manera de acercarse nuestra historia literaria propuesta por Juan Carlos Rodríguez pasaría como una nube de verano. Pero no solo no pasó, sino que cuarenta años después, el mismo fantasma vuelve con muchos más aires internacionales y aquella tesis insólita mantenida en pie contra viento y marea aparece publicada coincidiendo con la jubilación de su autor, como rúbrica de su brillante trayectoria académica y desarrollada y madurada durante cuatro décadas. De aquí las modificaciones empezando por su título: «40 años de historia».

Casi medio siglo de fidelidad al marxismo, algo inconcebible para quienes se amueblan la cabeza con el último libro de moda y rinden sus armas al débil pensamiento posmoderno. Algunas de las razones de esta larga gestación se explican en el apartado del prólogo, «Historia de este libro (y otras historias)» (pp. 27-29) y también en su «Apéndice final» (pp. 424-442). Siempre anduvo en el telar de Juan Carlos Rodríguez este libro y gracias a eso hoy contamos con una brújula imprescindible para quien quiera navegar por sus mares de tinta aminorando los riesgos de naufragar. Este libro es a la vez la columna vertebral de su pensamiento y una autobiografía intelectual.

Sostener planteamientos marxistas sonaba y suena a herejía en nuestros lares. Se prefiere descalificar a estudiar y tratar de desentrañar el porqué de una elección de estas características y una fidelidad tan contrastada a lo largo y ancho de varios decenios. Ocurre sobre todo por prejuicios arrastrados —los viejos prejuicios contra lo nuevo que denunciaba alguien tan poco sospechoso de heterodoxia como el P. Feijóo— por los cuales se prefiere negar antes que ponerse a intentar entender lo propuesto, huyendo de simplificaciones y de mixtificaciones históricas que conducen a confundir lo que es un método nuevo de analizar la realidad con una militancia política ciega, comunista en este caso. Que marxismo y comunismo político tienen poco que ver queda históricamente muy claro en otro libro reciente suyo que me ahorra entrar en detalles por este lado: *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo* (2013).

En realidad, es fácil entenderlo si se atiende a algunas ideas básicas que son el verdadero meollo del asunto y que han guiado la peregrinación de Juan Carlos Rodríguez por la intrincada floresta de la literatura (y de la vida). La

primera comparece inevitablemente en la página inicial del prólogo, la «radical historicidad de la literatura». No es muy diferente al arranque de *Teoría e historia de la producción ideológica: las primeras literaturas burguesas*, donde leemos: «los discursos a los que hoy aplicamos el nombre de literarios constituyen una realidad histórica que solo ha podido surgir a partir de una serie de condiciones —asimismo históricas— muy estrictas: las condiciones derivadas del nivel ideológico característico de las formulaciones sociales «modernas» o burguesas en sentido general.»

Es decir, lo que llamamos literatura no ha existido siempre, sino que esta comenzó a existir históricamente cuando se produjo el paso del feudalismo al primer capitalismo en el Renacimiento⁴. La literatura es un efecto de la historia y de los individuos históricos. Basta de esencialismos. A partir de esta nueva situación y como manifestación del hombre nuevo moderno se han ido desarrollando las literaturas occidentales a cuyo estudio ha dedicado tanto esfuerzo Juan Carlos Rodríguez, situándose en la particular posición de «pensar desde la explotación», que suponía tomar partido desde el comienzo, evitando los espejismos del «pensar libre» creados por las burguesías capitalistas dentro de su proceso de legitimación histórica. Este posicionamiento supone una actitud crítica frente al pensamiento burgués, una búsqueda permanente de sus fisuras y contradicciones, huyendo del fácil espejismo consistente en creer que el pensamiento y el sujeto que lo elabora son libres. No, por nacimiento en el sistema capitalista todos somos capitalistas y la hipotética libertad de pensamiento no solo no está garantizada, sino que hay que construirla y ganarla día a día. Una de las mayores trampas del capitalismo ha sido su capacidad de mostrarse como el resultado del ejercicio de la libertad individual, cuando su base real es la explotación de las vidas de los otros.

La manera de analizar la realidad propuesta por el marxismo —entendido este en toda su complejidad y con un desarrollo permanente gracias a una continua discusión de sus supuestos— le fue descubriendo a Juan Carlos Rodríguez los límites del pensamiento y del yo, sus muchas paradojas y su estricta dependencia de la historia. El marxismo, eso sí, no entendido como un conjunto de ideas cerradas, insisto, sino sobre todo como un método de análisis de la realidad en constante revisión y de aquí que ya en su tesis doctoral, por ejemplo, algunos de quienes aparecían en los años setenta como modelos de

4 Con título similar se ha publicado un cumplido homenaje con motivo de su jubilación: *La literatura no ha existido siempre. Para Juan Carlos Rodríguez. Teoría, historia, invención*, Miguel Ángel García, Ángela Olalla y Andrés Soria Olmedo (eds.), Universidad de Granada, 2015.

crítica marxista fueran ya criticados por su simplismo marxista que consideraba ya fosilizado: Lukács, Della Volpe. Por el contrario, su pensamiento andaba muy pendiente de otros autores más abiertos y porosos como Brecht o Gramsci o, si se piensa en sus maestros universitarios, en Louis Althusser. Es decir, quienes curiosamente (o no tanto) encontraban serias dificultades para ser escuchados en los propios partidos comunistas.

Cuarenta años de exigente pensamiento desde la explotación le han proporcionado a Juan Carlos Rodríguez un método de análisis de la cultura burguesa tan personal como brillante, consciente siempre de que el yo es humo y de que todo ser humano está sostenido por su «inconsciente ideológico» dependiente del momento histórico en que vive. Nada ocurre fuera de la historia. El yo de cada uno está construido y reprimido por el capitalismo inevitable. De aquí la necesidad de conocer lo mejor posible tanto los mecanismos del capitalismo como el propio «inconsciente ideológico» para valorarlos en su justa medida y a partir de ahí construir un posible pensamiento individual consciente de sus límites.

Cuando Juan Carlos Rodríguez se refiere al «inconsciente ideológico» lo hace al mundo interior de cada individuo, nacido en unas circunstancias históricas determinadas, portador de un inconsciente libidinal, que jugará un papel fundamental en sus comportamientos. Es decir, junto a Marx, Freud, cuyo pensamiento y sus consecuencias no han sido tan resaltados en sus escritos, pero que resulta igualmente fundamental. Se piensa históricamente y siempre desde dentro de la propia historia sin olvidar que la historia es una sucesión de diversas formas de explotación. De aquí la elección de su punto de vista: *pensar desde la explotación*, para mostrar sus mecanismos y denunciarlos. El análisis de la historia no se concluye nunca y el verdadero horizonte utópico es el de una sociedad donde la norma básica y fundamental sea la libertad sin explotación. Nada está ganado definitivamente y solo un pensamiento en permanente alerta puede descubrir, describir y en caso necesario denunciar los mecanismos de explotación del capitalismo, que renueva permanentemente sus estrategias.

Para una teoría de la literatura ofrece entonces un balance del camino recorrido, pero no incidiendo tanto en lo personal —que no obstante está siempre subyacente— sino en cómo el capitalismo ha ido dando lugar a diferentes teorizaciones acerca de la literatura, cuyo repaso constituye el contenido del libro, buscando más que una exposición detallada de las mismas, una presentación de sus ideas madre, de sus conceptos medulares, para mejor conocer sus límites, que son los de quienes las elaboraron en sus circunstancias históricas con sus correspondientes débitos y contradicciones.

En este dominio es en mi opinión donde se descubre una de las peculiaridades más atractivas de la manera en que Juan Carlos Rodríguez elabora y expone sus análisis. Sabe volar por las alturas pero otras veces desciende a ras de tierra y la anécdota bien elegida o el análisis de obras concretas ilustran aquello que de otro modo quedaría reducido a un discurso abstracto y hasta abstruso. Juan Carlos Rodríguez siempre teje su discurso con hilo de varias hebras: no falta nunca la fuerte hebra conceptual filosófica, pero tampoco la habilidad en la selección de los textos que cita y comenta, los rodeos por lo circunstancial de la época o de la vida de los personajes aludidos. Y diré más: siempre se cuele en sus escritos el clamor de la historia del momento en que escribe, porque no es un hombre enajenado sino profundamente comprometido con su tiempo. El libro resulta así también una historia de la teoría literaria durante estos decenios que han visto sucederse las propuestas con ritmo frenético hasta llegar a un punto de deflación importante en los últimos años. Y no falta tampoco obviamente el ruido de la historia en apariencia tan contrario durante un tiempo a planteamientos como los aquí sostenidos. Las llamadas a la medida después de tanto fiasco posmoderno llevadas a cabo por gentes como Terry Eagleton denunciando el ascenso y caída de tanta teorización abstracta (*Después de la Teoría*, 2003; *El acontecimiento de la literatura*, 2012) o la defensa del sentido común mantenida por Antoine Compagnon en sus ensayos, hacen que recuperen valor y sentido estudios como este que no solo no renuncian a pensar sobre los problemas de nuestro tiempo sino que los ponen en su centro. El escenario de estos libros es el mundo globalizado después de acontecimientos como el ataque a las Torres Gemelas o la gran crisis económica en que vivimos, la guerra de Irak o los movimientos fundamentalistas islámicos. Así las cosas, ¿de qué sirve estar en la inopia posmoderna?

El relato intelectual que elabora Juan Carlos Rodríguez resulta siempre atractivo e incitante por variados motivos. No se trata tanto de que al final de la lectura, el lector asuma como suyas las ideas expuestas, sino ante todo, que comparta las preguntas planteadas y se atreva a elaborar sus propias respuestas. No es fácil descubrir la verdad ni tampoco decirla de manera eficaz como enseñó Bertolt Brecht, otra de las lecturas de cabecera de Juan Carlos Rodríguez. Hay que descubrirla y después encontrar la forma adecuada de transmitirla a los demás. Y en ello radican el mérito y también el compromiso del intelectual. Quizás se entienda mejor lo que quiero decir por vía de ejemplo. Sus estudios son siempre cajas de sorpresas. Veamos como simplemente desglosando un poco su índice.

El libro consta de una introducción general donde se aborda el análisis de la formación histórica del objeto «literatura». Lo siguen cuatro grandes partes con varios apartados donde examina cada uno de los asuntos planteados: en la primera las tres líneas fundamentales de la crítica contemporánea (las concepciones filosóficas kantiana, hegeliana y empirista de la literatura). Le sigue una segunda donde define el horizonte positivista durante el siglo XIX con la aparición de asuntos tan importantes como las literaturas nacionales, el comparatismo literario y el historicismo. En una tercera analiza la inversión idealista del horizonte positivista de la mano de teóricos como Vossler, Croce y Lukács. Finalmente, en una cuarta parte repasa las corrientes críticas que se han producido después con hitos como la fenomenología, la hermenéutica, el formalismo, el estructuralismo o la semiología. En cada caso y apartado con una exposición de las ideas madre de los teóricos más representativos, desde pensadores clásicos como los nombrados a otros cercanos como Foucault o Eco. Todo ello para ir a dar finalmente de nuevo a defender la historicidad de la literatura y de las teorías que abordan su estudio, para que esta no pierda sino que revele su sentido. Aun sin entrar al menudeo del repaso de nombres significativos de las corrientes enunciadas produce cierto temor a internarse en tan intrincada selva. Pero cuando se hace —sin prisa, eso sí, siempre— todo se va haciendo accesible si se siguen las precisas marcas del discurso.

Hasta aquí el desglose que sin duda resulta abstracto y acaso hasta desalentador, pero cuando se entra en los diferentes apartados las cosas empiezan a cambiar. Se puede calibrar desde las páginas del prólogo. Se anuncian ya los núcleos conceptuales fuertes del libro, pero acompañados de aplicaciones a la lectura de obras concretas. Se avisa, pongamos por caso, de que el desarrollo del empirismo ocupará amplio espacio, pero sin olvidar la presentación de sus consecuencias en la literatura dando lugar a una novela genial como *Tristram Shandy* de Sterne, cuyas claves profundas expone sintéticamente (pp. 18-24). O inmediatamente después otra novela, *La obra maestra desconocida*, de Balzac, resulta enormemente reveladora para analizar un asunto no menor como es el de la invisibilidad de la mujer en la sociedad burguesa y que le lleva hasta la película *Alphaville*, de Jean-Luc Godard o a las «chicas Bond», siempre con un rasgo común: llegamos a conocerlas hasta desnudas, pero nunca como personas (pp. 24-27). No es difícil abundar con ejemplos en esta misma dirección: *Fausto*, de Goethe, como proyección del nuevo intelectual crítico nacido de la Ilustración (pp. 39-41), pero frente a él un libro tan inquietante como *El asesinato considerado como una de las bellas artes*, de Thomas de Quincey, a propósito de los últimos días de Kant (pp. 41-42), etc.

No es necesario abundar más, todo el libro está trufado de pasajes similares que denotan la calidad excepcional de narrador intelectual que Juan Carlos Rodríguez tiene. Organiza y dosifica sus materiales con gran maestría. No solo una cultura filosófica y artística amplísimas comparecen de manera natural en sus escritos, sino que todos ellos están impregnados, además, de una profunda humanidad que hace que el lector se resista a abandonarlos en los pasajes más duros, sabiendo que en cualquier momento saltará la sorpresa grata. Quizás se entienda mejor con un ejemplo más, que de paso sirve para llamar la atención sobre otro libro cercano suyo, ya mencionado, que no está teniendo la respuesta crítica que merece. En *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo* (2013) recoge su ensayo «Althusser: *Bow-up* (las líneas maestras de un pensamiento distinto)» donde expone lo que significó para él este maestro a la vez que expone sus grandes ideas y también las fisuras de su pensamiento. Todo el ensayo discurre sobre el filo de la navaja de la discusión argumentada de sus coincidencias y sus diferencias, movida por el deseo de reivindicar su verdadero legado intelectual, desarrollado entre tantas dificultades y al cabo emborronado por la locura. Pues bien, es de una calidad excepcional el montaje de sus secuencias, pero único en su última página «Final y fundido en negro: la calle donde nunca daba el sol», que rememora sus últimos encuentros con Althusser. En medio de los ataques y rodeado el maestro de signos «de desolación, de exilio, de derrota», encontraron la forma de sonreír y hasta de reír a carcajadas. Qué sería del ser humano rodeado de miserias si no tuviera capacidad para reír.

La soledad y el vacío cercan con frecuencia al intelectual moderno cuando no se aviene a la militancia fácil de un partido político, aunque este enarbole la bandera del compromiso. La frase de Althusser con que he encabezado esta breve reseña resume a la perfección la coyuntura en que se han encontrado a lo largo del siglo XX quienes optaron por el marxismo como método de análisis de la realidad: «Yo era militante comunista y quería saber lo que era el marxismo.» Con esta rotunda frase resumía las muchas dificultades que encontraron dentro del propio Partido Comunista Francés muchas de sus propuestas. Valdría extrapolarlo a lo acontecido entre nosotros con propuestas como las de Juan Carlos Rodríguez, porque forma parte de quienes creen que la filosofía debe ser guardiana de la política y no al revés. Comunismo y marxismo han andado cada uno por su lado y han sido los partidos comunistas los primeros que han tergiversado el marxismo hasta lo imposible.

Quienes piensan que el marxismo es algo pasado no han entendido nada de nada. El marxismo planteó una ciencia nueva, el materialismo histórico, que no es otra cosa que la ciencia de la historia. Y es ahí donde

muestra su vigencia: tratando de explicar la explotación del hombre por el hombre, contribuyendo a crear unas subjetividades diferentes no diseñadas para explotar a los otros. En esto consiste *pensar desde la explotación*.

El título del libro —*Para una teoría de la literatura*— me ha traído a la mente estos días mientras redactaba estas notas —deben ser cosas de mi «inconsciente ideológico»— una canción de Joan Manuel Serrat de las mismas fechas en que Juan Carlos Rodríguez elaboró y defendió su tesis a comienzos de los años setenta: «Para la libertad». Como es sabido es el comienzo de un verso de la segunda parte del poema «El herido», del libro de Miguel Hernández *El hombre acecha* (1937-1838) cuyas estrofas convirtió Serrat en canción para su álbum *Miguel Hernández* (1972). Su presentación de la lucha por la libertad como una pasión irrenunciable lo convirtió en un verdadero himno para los luchadores por la libertad en los últimos años del franquismo, luego durante la transición y hasta hoy. Nos ha acompañado durante estos mismos cuarenta años.

Al final resulta que la intencionalidad del poeta, la del cantante y la del historiador de la literatura comprometidos no han sido muy diferentes. Cada uno con su «inconsciente ideológico» a cuestas, pero con el horizonte claro y caminando decididos hacia él. La clave reside en el *para qué* de sus luchas: para la libertad sin explotación. De esto habla Juan Carlos Rodríguez cuando habla de literatura, afanándose día a día en la construcción de una teoría de la literatura.

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Postdata.—

Esta reseña se escribió en la primavera de 2016 para la *Revista de libros*. Una vez enviada se extravió en el laberinto de las redes. Nada hacía pensar que Juan Carlos Rodríguez, maestro incomparable y amigo del alma, no llegaría a leerla impresa, ya que falleció el 24 de octubre de 2016.

El destino ha querido que el que debió ser su primer gran libro — nacido de su tesis doctoral— haya sido en la práctica el último. Así de paradójica y refinada suele ser su crueldad. En él expuso su manera de entender la literatura y su estudio mejor que en ninguna otra parte. Es la espina dorsal de su pensamiento.

Al publicar estas páginas no he querido modificar ni una sola de sus líneas. Así quise que leyera mis impresiones sobre su libro que, como queda dicho, tiene no poco de autobiografía intelectual. Y así deben quedar, como él, en el recuerdo: intactos.